

---

ARGENTINA

---

# ***Sobre cómo ser un ave***

Angie Katherine Castaño

# Orillas / Lisières

INNOVART, UNA, UNLP, ENSAPC

Cada tanto miro al cielo. Lo hago por distintos motivos, últimamente para salir de ésta micro esfera cotidiana que me envuelve. Mirar el cielo es verme fuera del mundo, es decir, darme cuenta de que no soy solo este pedazo de vida que solo se preocupa por subsistir, ese todo allí arriba, tan vasto y sin sentido, sirve como antídoto ante el peso inevitable de habitar el mundo tal cual es. Pero tengo otro motivo casi igual de importante: me gusta mirar pajaritos, me obsesiono intentando descifrar su lenguaje, algún aleteo esporádico, esos giros que hacen sobre sí mismos, su increíble capacidad de posarse sobre cualquier rama por más endeble que sea. Y claro, envidio sus posibilidades porque creo que el cielo es un territorio por mucho más deseable que aquí abajo.

Hay fenómenos que aunque desconozco movilizan mi existencia, a tal punto que reconsidero siempre quién soy y que hago aquí, la naturaleza está siempre allí recordándome, que todo cuanto soy ya sido, no hay nada de lo que hoy experimente que no se haya repetido y tenga un lugar. Observo las aves juntas y pienso en los grupos que migran, que van de un lugar a otro porque es su necesidad habitar otros espacios. Soy una de ellas ¿desde dónde estoy mirando el mundo? actualmente vivo en Buenos Aires, en una casa grande, hermosa y antigua por Chacarita, su acceso es a través de un pasillo estrecho y largo compartido con otras casas grandes, antiguas y muchas plantas. Estoy tomándome un descanso, una recuperación de los viajes anteriores, las alas necesitan reposo y mientras lo hago no puedo evitar recordar pasajes, visiones de los lugares recorridos, aunque no se sepa, todo movimiento necesita su pausa, su reconocimiento. Llegar hasta aquí no fue sencillo, arranqué sola justo un siete de septiembre hace ya casi siete años, era un polluelo de veinte años que se animaba a dejar ese nido ya no tan cálido: Bogotá. La ciudad en la que nací, abandoné de niña y regresé de adolescente, una selva oscura, llena de recovecos sensacionales, estafalarios, imperdibles, pero siempre y sobretodo peligrosa. No hay hora del día en que no se sienta en el aire la posibilidad de cualquier estallido. Se despliega una poética "chirri" si se detalla bien, si se afila la mirada y se camina con seguridad. No hay chance de ser inocente en una ciudad desalmada. Se ama el barullo chirri y descuidado que flota por el Chorro de Quevedo, la comida en las esquinas de los todos los barrios, arepas con queso, arepas con plátano maduro y chicharon, doble queso, doble pollo, y por supuesto doble moral. Se percibe el cine en las calles, en los lugarcitos minis donde minis intelectuales se interesan por el cine independiente, pero todo como una excusa para luego ir a beber una o siete "polas". Se aman los planes sencillos, baratos, esporádicos, un vinito y algún cuentero que tira su lirica machista y desgastante, aun así se disfruta porque se

# Orillas / Lisières

INNOVART, UNA, UNLP, ENSAPC

ama lo que hay. Se ama además el porro por encima de todo y se bendice la abundancia entre tanta desdicha. Puede caminarse Bogotá a la media noche, es un deleite orgásmico ver la ciudad vacía, las calles desnudas, abiertas al deseo de quien quiera recorrerlas, pero nunca es un placer gratuito, algo te pide la ciudad, algo de tu cuerpo como recompensa.

Sobrevuelo la ciudad, presiento una bandada de aves muy cerca ¿también estarán perdidas? Desde lo alto me veo a mi misma en miniatura, cruzo algunas montañas, el peso de algunos recuerdos se abalanzan sobre mí: Quito y la mitad del mundo, el pacífico tibio, las grandes montañas Peruanas, las lagunas históricas de Bolivia y mi asentamiento anhelado: Argentina, Buenos Aires, la ciudad de la furia ¿existirán tales calles azules? ¿me desnudaré?

Todo cuanto imaginé, no es. Es mucho mejor, es decir: distinto. Ya no sé quién soy, me desconozco totalmente, no entiendo el idioma que surge de las cosas nuevas, me angustio y a la vez me siento totalmente atraída. Nunca imaginé que las calles tuviesen nombres, como si fueran partes de un cuerpo enorme. Hay esquinas que se dividen en dos largas piernas, algunas tan angostas que pienso si quienes viven allí, no estarán hartos de verse las mismas caras todos los días cuando salen a la ventana, como una obra que se repite siempre; otras tan anchas como el torso de un jugar de sumo. Escucho gritos cada tanto, parece que todo está por irse al carajo, pero solo son risas exageradas y un amor patriótico que me resulta extraño, insoportable. Ingreso a la ciudad en total ajenidad, se me nota que no soy de aquí, aunque me esfuerzo por parecer una más. Camino sola, horas y horas, hasta la madrugada. No lo puedo creer ¿esto es libertad? Me tomo un vino, porque unx siempre vuelve a los lugares donde amó la vida, o dejando a un lado el parafraseo cursi, porque no puedo evitar extrañar algo de lo que fui, aunque haya sido oscuro, aunque me haya destrozado, algo de lo que hierde queda y se resignifica cuando las distancias se hacen evidentes, reales. Camino por corrientes, los nenes duermen tarde, la gente como pizza a la una de la mañana, los conductores se turnan para recorrer la ciudad las veinticuatro horas. Imposible para mi experiencia imaginar tal cosa. “Tengo menos chance de ser violada” me digo, la frase queda desecha algunos meses después cuando un conductor intentó abusar de mí estando ebria y perdida. Es que no es la ciudad, pienso, soy yo que nací con este cuerpo, y trato de abrazar todo lo que el mundo me dijo que no debería. Aun así nadie me quita la dicha de creer que gano sobre el mundo, que todo lo que está frente a mi es perfecto, estoy perdida en una ciudad de colores,

# Orillas / Lisières

INNOVART, UNA, UNLP, ENSAPC

donde las luchas me queman capas y capas de piel, una ciudad donde prolifera la necesidad de otros lenguajes, de otros discursos que sean el retrato de estas calles personificadas. Cada vez me reconozco menos, no sé quién soy, todo lo que emana de mí ha sido construido y me doy cuenta aquí, frente a este gran espejo que hoy reconozco como migración. Soy un ave que perdió su bandada, encontró otras que luego volvió abandonar. No me siento dueña de ningún lugar, mucho menos ajena. Encuentro similitudes en las experiencias de cada lugar, también polos opuestos que alimentan en mí otra perspectiva, en fin de eso se trata ser un ave: observar en la distancia de las cosas una ruta posible.

---

ARGENTINA

---

# ***Comment être un oiseau***

Angie Katherine Castaño

# Orillas / Lisières

INNOVART, UNA, UNLP, ENSAPC

De temps en temps, je lève les yeux vers le ciel. Je le fais pour différentes raisons, ces derniers temps pour m'extraire de la microsphère quotidienne qui m'entoure. Regarder le ciel, c'est me voir hors du monde, c'est-à-dire prendre conscience que je ne suis pas seulement cette composante vivante qui ne se soucie que de subsister. L'immensité vide de sens, tout là-haut, sert d'antidote au poids inévitable de vivre le monde tel qu'il est. Mais j'ai une autre raison qui est presque aussi importante : j'aime observer les oiseaux, je ne cesse d'essayer de déchiffrer leur langage, certains de leurs battements sporadiques, les virages qu'ils font sur eux-mêmes, leur incroyable capacité à se percher sur n'importe quelle branche aussi fragile soit-elle. Et bien sûr, je les envie parce que je pense que le ciel est un territoire beaucoup plus désirable que le nôtre, ici-bas.

Certains phénomènes mobilisent mon existence sans même que j'en ai conscience, au point que je reconsidère qui je suis et ce que je fais ici, la nature ne cesse de me rappeler que tout ce que je suis a déjà été, qu'il n'y a rien de ce que je vis aujourd'hui qui n'ait déjà eu lieu et qui n'ait sa place. J'observe les oiseaux, l'ensemble qu'ils forment, et je pense aux groupes qui migrent, qui vont d'un endroit à un autre parce qu'ils ont besoin d'autres espaces. Je suis l'un d'entre eux, d'où est-ce que je regarde le monde ? Je vis actuellement à Buenos Aires, dans une ancienne demeure, vaste et belle, du quartier Chacarita, on y accède par un long couloir étroit partagé avec d'autres grandes maisons de la même époque, à plusieurs étages. Je fais une pause, je me remets des voyages précédents, mes ailes ont besoin de repos et pendant ce temps, je ne peux m'empêcher de me souvenir de mes traversées, je revois des endroits que j'ai parcourus. Chaque mouvement a besoin d'être reconnu, de se poser, même si on ne le sait pas. Arriver ici n'a pas été facile, je suis partie seule un 7 septembre il y a presque sept ans, j'étais un oisillon de 20 ans qui a osé quitter ce nid qui n'était plus si chaud : Bogotá, en Colombie, la ville où je suis née. J'en étais partie enfant pour y revenir adolescente, une jungle sombre, pleine de recoins sensationnels, décalés, incontournables, mais toujours et surtout dangereuse. À tout moment de la journée, on sent dans l'air la possibilité d'une explosion. Pour peu qu'on marche en toute sécurité, le regard affuté, attentif au détail, on voit se déployer une poésie de l'excès. Impossible d'être innocent dans une ville sans âme. On aime le brouhaha négligé plein de noms d'oiseaux qui flotte dans le Chorro de Quevedo, la nourriture à tous les coins de rue, les arepas au fromage, les arepas à la banane plantain mûre et au porc frit, double fromage, double poulet et bien sûr deux poids et deux mesures. Le spectacle est dans la rue, au cœur de minuscules places où de minuscules intellectuels s'intéressent au cinéma indépendant, excellente excuse pour aller boire plus tard une ou sept « Polas ». Ils affectionnent les plans simples, médiocres, discontinus, du vin et un narrateur qui balance son couplet machiste éculé, même si ça leur plaît juste parce que c'est là. Ils aiment par-dessus

# Orillas / Lisières

INNOVART, UNA, UNLP, ENSAPC

tout fumer des joints et ils bénissent l'abondance parmi tant de misère. Quel délice jouissif de marcher à Bogotá à minuit, voir la ville vide, les rues nues, ouvertes au désir de qui veut les parcourir, mais ce n'est jamais un plaisir gratuit, la ville te réclame quelque chose, quelque chose de ton corps en récompense.

Je survole la ville, je perçois une nuée d'oiseaux tout près, peut-être sont-ils perdus eux aussi ? Du haut je me vois en miniature, je traverse des montagnes, le poids de certains souvenirs me tombe dessus : Quito et la moitié du monde, le calme Pacifique, les hautes montagnes péruviennes, les lagunes historiques de Bolivie et mon installation convoitée : l'Argentine, Buenos Aires, la ville de la fureur, y aura-t-il des rues aussi bleues ? vais-je me dépouiller ?

Ce n'est pas du tout comme je l'imaginai. C'est beaucoup mieux, c'est-à-dire : différent. Je ne sais plus qui je suis, je ne me reconnais pas du tout, je ne comprends pas le langage qui se dégage des choses nouvelles, cela m'angoisse et m'attire, d'un même mouvement. Je n'aurais jamais imaginé qu'on pouvait nommer les rues, comme si elles appartenaient à un corps immense. Certains coins se divisent en deux longues jambes, certaines sont si étroites que je me dis que ceux qui y habitent doivent être fatigués de voir tous les jours les mêmes visages par la fenêtre, comme une œuvre qui se répète inlassablement ; d'autres, au contraire, sont aussi larges que le torse d'un sumo. J'entends des cris parfois, on dirait que tout est sur le point de sombrer, mais ce sont juste des rires outrés et un amour patriotique que je trouve étrange, insupportable. J'intègre la ville de l'extérieur, on me fait bien remarquer que je ne suis pas d'ici, malgré mes efforts pour ressembler aux autres. Je marche seule, des heures et des heures, jusqu'à l'aube. Incroyable, c'est ça, la liberté ? Je bois du vin parce qu'on en revient toujours aux endroits où l'on profite de la vie, ou, pour s'épargner la paraphrase cucul la praline, parce que je ne peux pas m'empêcher de regretter un aspect de moi, révolu, et même si c'était sombre, même si ça m'a abîmée, dans ce qui blesse, quelque chose demeure et prend une nouvelle signification quand les distances deviennent évidentes, réelles. Je suis le mouvement, les gamins dorment tard, les gens mangent des pizzas à une heure du matin, les chauffeurs se relaient pour parcourir la ville 24 heures sur 24. Autant de choses impossibles, à l'aune de mon expérience. Je me dis : « Je risque moins d'être violée » mais la phrase tombe en désuétude quelques mois plus tard quand un chauffeur tente d'abuser de moi un soir où je suis ivre et perdue. Ça n'a rien à voir avec la ville, en fait, c'est moi, qui suis née dans ce corps et j'essaie d'expérimenter tout ce que je ne devrais pas, de l'avis général. Malgré ça, personne de m'enlève la joie de croire que je conquière le monde, que tout, devant moi, est parfait. Je suis perdue dans une ville bigarrée, où les combats me brûlent des couches et des couches de peau, une ville où on a

# Orillas / Lisières

INNOVART, UNA, UNLP, ENSAPC

besoin d'une multitude d'autres langues, d'autres discours qui tracent le portrait de ces rues incarnées. Je me reconnais de moins en moins, je ne sais plus qui je suis, tout ce qui émane de moi a été construit et je me rends compte aujourd'hui, ici, devant ce grand miroir, qu'il s'agit de migration. Je suis un oiseau qui a perdu son groupe, a fait d'autres rencontres avant de repartir. Je ne me sens propriétaire d'aucun lieu, encore moins étranger. Je remarque des similitudes dans les expériences que je fais de chaque lieu, mais aussi des pôles opposés qui nourrissent une autre perspective, en fin de compte, c'est ça, être un oiseau : discerner un chemin possible dans la distance des choses.

Traduction Laure Limongi